



ARTE - HISTORIA  
FILOSOFIA Y LITERATURA  
EN RELACION CON LA MEDICINA

## UN MÉDICO POETA

por

GERARDO DIEGO

### II

Dejamos pendiente (véase el número 115 de esta Revista, página 342) el estudio de los reflejos que de la profesión médica del poeta Enrique Menéndez proyecta su obra literaria. No son muy abundantes, pero, en todo caso, no pueden ser más reveladores de su carácter dulce y apacible, de su exquisita delicadeza moral, de ese vértice profundo de su vocación vital en que convergen Medicina y Poesía en su intersección más honda: en la virtud suprema de la piedad. Si para los días en que la vida pesa como un fardo, el poeta de *A la sombra de un roble* receta la lectura de un auténtico poeta, aunque sea triste, que, por ventura, la melancolía de vivir, trasmutada a confesión y revelación de belleza por la alquilara del prodigio poético, puede curar o, al menos, aliviar la pena agudísima del prójimo acongojado, la poesía en verso o en prosa de Enrique Menéndez sé, por experiencia ajena y propia, que es uno de los bálsamos de consuelo más eficaces que las almas de buena fe pueden hallar en sus cuitas dolorosas. Y no había de ser ajena a la composición de tan selecto analgésico la dosis razonable del ingrediente profesional—estudio y ejercicio de la ciencia terapéutica—que en la formación total del hombre Enrique Menéndez tuvo parte tan señalada. Toda su obra respira el mismo amor de caridad cristiana y acaricia y consuela, cuando por el resbalado contacto de una mano fraterna y experta en aventar dolores, ya con los granos de sal de una ironía bondadosa y risueña, que es uno de los secretos maravillosamente oportunos de aquella alma privilegiada. Son libros los del poeta montañés de los que se prestan amistosamente, pasan de mano en mano como un secreto a media voz para el goce escondido de nuevas almas solitarias a las que se adivina capaces de saborear el zumo irisado de moral y de arte, la fruta sabrosa que es a la vez medicamento de matiz tan recóndito e indefinible que escapa al vulgo de los paladares. Y así se establece una especie de cofradía de devotos del poeta que se confirman recíprocos la sanidad de un equilibrio moral por la prueba de poesía humilde de un humilde verdadero.

Pero, antes de recordar algunos pasajes concretos en sus libros, recordemos el más admirable retrato de Enrique Menéndez trazado con rasgos magistrales por la pluma de su maestro y amigo José María de Pereda. Lo encontramos en la novela *Nubes de estío*, y, especialmente, en su estupendo capítulo II. El «Casallena» de la novela es, simplemente, «Casa Ajena», pseudónimo que empleaba el joven médico Menéndez para sus colaboraciones en la prensa santanderina. El capítulo en cuestión es esencialmente un diálogo —en sus primeras páginas—entre el propio Pereda, que se autorretrata «con su cara de coronel de reemplazo» y sus nerviosos y coléricos ex abruptos, y el manso mediquillo y copleador por lo fino, a quien sus quebrantos, aprensiones, insomnios y desequilibrios neu-

rágicos no quitan el buen humor y el formidable apetito de goloso, capaz de engullirse un complicado chocolate con mojicones, tostadas y canutillos, almendrados, jerez y sorbete, a guisa de liviana merienda. Del capítulo y de su sucesiva aparición reiterada en lances de amistad y galantería social, se va apurando una semblanza, sin duda fidelísima, del joven amigo de Pereda en los años de su ejercicio profesional. No le va en zaga el retrato que de sí propio dibuja el novelista al reconstruir su pintoresca, explosiva y cordialísima habla, de tal modo que el contraste entre los temperamentos de ambos colegas, unidos sólo en el padecer de los nervios, produce un efecto tan cómico, realista y vigoroso como el de ciertos coloquios cervantinos. Y así, cuando Pereda, o sea el anónimo personaje que le representa, interroga a su amigo: «¿Y qué fué lo de anoche?», «el bueno de «Casallena» se tragó el resto del mojicón; y con masa de él aún entre las mandíbulas, respondió, mientras se limpiaba las puntas de los dedos con la servilleta: «Primera-mente me costó una brega de tres horas coger el sueño, si sueño puede llamarse aquel ligero sopor...» «Sueño, y de los mejores», afirmó en tono desabrido el de enfrente». Tan estupenda afirmación es encajada serenamente por «Casallena», que, sin dejar de proseguir sus maniobras con mojicones, tostadas y chocolate, le replica: «¿De los mejores, dice usted?» «De los mejores, de los mejores, porque de ahí para adelante caer en ello, tratándose de temperamentos como el de usted..., sí, por su desgracia, se parece al mío, como afirma, es peor que caer en un despeñadero. En esos sueños profundos hay golpes que contunden, y carreas vertiginosas, y cornadas de toros desmandados, y coces de caballerías, y casas incendiadas sin puertas por donde huir, y riñas a gritos con las personas más queridas, y desalcaldades de amigos..., todo lo que más duele y más fatiga en el cuerpo y en el alma. Salir de un sueño de éstos es como salir de una pulmonía. ¿Le pasan a usted cosas como éstas cuando duerme de veras?» A lo que responde el mozo, después de un breve diálogo: «Apenas atrapé ese poco de sueño que le dije, ¡zás!, una sacudida horrorosa de pies a cabeza. Hubiera jurado que me levantaba a una altura de dos metros sobre la cama, pero rígido y en una pieza, lo mismo que un tablón.» «Eso es el alfa de la educación histórica que está usted adquiriendo», interrumpe el cincuentón doctorado. Y se traba la más graciosa disputa en que cada contrincante aduce los más inesperados testimonios y experiencias de tortura que cabe imaginar o anotar, sí, como es de suponer, Pereda no hace aquí más que abrirnos el boquerón de sus simas más auténticas o de las de su confidente y camarada de tormento.

Y tenemos el dolor angustioso, a modo de mordisco, allá muy adentro, por el pericardio, la sobreexcitación intolerable en el gran simpático, que, desengáfiese usted—afirma con autoridad «Casallena», acordándose por un momento de que no es sólo un enfermo,

sino un medico—, es la raíz de donde arranca esa plaga de sensaciones insufribles, y el hormigueo cosquilloso que avanza desde la punta de los pies y se va haciendo manojo de ortigas, vidrio pulverizado y cepillo de alfileres hasta albergársele en las propias barbas.

No quiere creer «Casallena» que haya otros mortales que padezcan tales aberraciones, y Pereda tiene que volverle a la realidad: «¿No es usted médico, y (sin adularle) de la buena casta? ¿Y es posible que, en la práctica de su profesión, aunque no larga todavía, no haya hallado usted datos bastantes para darse las respuestas que a mí me pide?» Y a ello contesta «Casallena», ahora más que nunca Enrique Menéndez: «Gracias por el piropo, señor y amigo de mi alma. Cierto que soy médico, aunque indigno y por mí desdicha; pero (y acepte usted esta honrada confesión que voy a hacerle, como si me fuera a morir) no digo a mí que ahora comienzo, pero a los mismos que ya se caen de viejos en la profesión, ¡les da cada castaña, y tan a menudo! De esas enfermedades «que duelen» de verdad y son tan antiguas como el hombre, sabe uno la génesis y las guaridas y hasta las mañas; se las persigue y se las encuentra por mucho que se escondan; se las pesa y las mide, y, por último, se lucha contra ellas cara a cara y en terreno despejado; y si no se vence siempre en estas luchas, queda el consuelo de haber luchado con honra; pero de estos males nuevos, que ni se ven ni se palpan, que sin dolo matan, dejándonos sólo la vida necesaria para sentir las angustias de la muerte; de estos males de ahora, que traen su origen quizá del mundo que fenece y de la raza humana que degenera y se encanija, no se sabe, ni respetable amigo, una palabra: son la verdadera laguna de la ciencia de curar; y como sucede en las demás ciencias, con sus lagunas respectivas, nosotros, no pudiendo sanear la nuestra, hemos querido tapanla con algo que deslumbrase a los profanos, y la hemos puesto un mote en griego: la llamamos «neurosis», o «neuropatía», o «histerismo»... y con ello, queriendo explicarlo todo, no explicamos nada; pero salimos del paso con el paciente que se queja de que le canta y le aletea un canario en el pecho, o que le muerden ratones las alas del corazón, o que siente martillazos en el cerebro y vértigos que le hacen ir de cabeza cuando más descuidado está, o que no halla, a lo mejor, suelo firme en que pisar a lo más deleitoso de su paseo... «Fenómenos histericos sin importancia maldita, le decimos, por decirle algo»; y si con ello no se consuela, le añadiremos aquello de «por males de nervios nunca se tocó a muerto»; y si todavía no se conforma, le citamos a Juan, a Pedro y a Diego, que padecen lo propio que él; y si ni aun esto basta, le añadimos que no tienen cuenta los años que llevan padeciéndolo.» Toca aquí «Casallena» una de las paradojas más chocantes y frecuentes a un tiempo de la mentalidad y sensibilidad enfermizas, y cuando Pereda le echa en cara que es más absurdo aún que un hombre de ciencia se consuele también del mismo modo irracional, Enrique se apresura a citarse como ejemplo, como lo hubiera hecho a no haberse anticipado el ímpetu dialéctico de su cofrade. Finalmente, ambos llegan a un acuerdo y alianza completos en el odio irrepresable contra las gentes pletóricas de salud que se burlan de los pobres neurasténicos, comparándolos con mujeres de cosas, y convienen en que no habría más réplica satisfactoria que un tiro en la mismísima boca del estómago. En fin: que lo que uno y otro sufren son achaques de quienes, como ellos, trabajan a alta presión cerebral, y no habría sino hacerse un poco cavador y carretero, en la medida de lo posible, para aliviar sus dolencias mejor que con ninguna hidroterapia. «No

haga usted coplas», dice el novelista al poeta, como su prema receta. «¡Santas y buenas! Pues si no escribo una medio siglo ha...» «El escribirías es lo de menos; lo grave está en pensarlas, en el condenado vicio de estar revolviendo de día y de noche el rescoldo de la mollera. Eso es lo que mata.» La gráfica frase de Pereda parece una anticipación de los versos inolvidables de Rubén Darío, el de «la neurastenia», que «es un don que me vino con mi obra primigenia»:

«Y he exprimido la ubre cerebral tantas veces, que estoy grave. Esto es mucho ruido y pocas nueces, según dicen doctores de una sapiencia suma. Mis dolencias se van en ilusión y espuma. Me recetan que no haga nada ni piense nada», etc.

Pero, ¡ay!, que ni Rubén ni Pereda ni menos Enrique Menéndez sufrían de mentirijillas. En tiempos de Enrique no había todavía un automóvil devorador de viento donde pasear su egregio aburrimiento harto de profilaxis, de ciencia y de verdad. Sin embargo, de un modo o de otro, se puede viajar. Y como el enfermo es, además, no sólo un artista, que vale tanto como decir un introspectivo autoanalítico, sino encima un médico que posee el innumerable varillaje de los síntomas, diagnósticos y pronósticos de todas las enfermedades con sus nombres, absolutamente verosímiles y capaces de experimentar *in anima propria*; desde la fecha de *Nubes de estío*, los males han de crecer, el ejercicio de la Medicina se irá haciendo insufrible y la enfermedad llegará a extremos tan alarmantes, que cuando, en busca de eminencias médicas y de cambios de ambiente, tras de buscar en vano alivio a su «melancolía dolorosa» en París, se dirige a Madrid, donde, finalmente, hallará notable mejoría, el poeta enfermo, que mediría muy cerca de 1.70 metros, no pesa más que 34 kilogramos.

Vayamos ahora en busca de confesiones directas del médico Enrique Menéndez en sus libros firmados. Es más interesante a este respecto es el de las *Memoorias de uno a quien no sucedió nada*, desgraciadamente póstumas e incompletas. Sin embargo, parece que no proyectaba el autor añadirle sino un último capítulo. Cuanto en nuestro artículo anterior afirmábamos o conjeturábamos más bien sobre las tibiezas de su vocación médica, encuentra en este libro encantador confirmación paladina. Para la historia costumbrista de la estudiantina universitaria en el pasado siglo es aportación primorosa el capítulo VII, en que describe la vida de pensionado en familia y las bromas y lanceos entre camaradas, mientras él alterna la *Anatomía descriptiva*, del doctor Fort con la literatura, la poesía, el teatro y el entusiasmo por Zorrilla, por Núñez de Arce y por el actor Calvo, que le lleva a escaparse a Madrid sin previo aviso ni permiso para gozar de una recitación de *El idilio*. No nos sorprende, pues, oírle decir en el ocaso de su vida que no sentía en el momento de licenciarse gran devoción por la práctica de su carrera. O bien, confirmando los cuadros veraniegos e invernales de Pereda en sus *Nubes*, cuánto le divertían los honestos esparcimientos de sociedad en su Santander natal, con los cuales, «y con un poco de *copleo fino*, iba yo conllevando la pesadumbre del ejercicio profesional de la Medicina». El «doble y algo contradictorio trabajo de asistir enfermos y buscar consonancias» había de terminar en la ya sabida crisis que él nos cuenta con modesta sencillez. De paso, nos revela una de las divertidas distracciones de su hermano, cuando entrega a sus amigos los médicos de Santander que iban en comisión oficial a Berlín a proveerse de la «tuberculina» del doctor Koch, que se creyó un momento, en 1890 remedio infalible, una recomendación para el embajador de Es-

pañía..., sólo que cuando, ya en Berlín, hablan del asunto, resulta que el embajador es el acreditado en Londres. La momentánea consternación es salvada por el propio don Marcelino, que se da cuenta, y envía inmediatamente por correo carta para el de Berlín, a quien también, por fortuna, conocía.

El delicado humor de Enrique encuentra la frase justa, al contarnos sus impresiones de enfermo en París. «Hiceme amigo de algunos pájaros y de varios niños, y ayudaba a éstos a repartir a aquéllos la merienda. ¡Qué en paz vivíamos! Como ni unos ni otros hacían versos ni ejercían la Medicina, no había para qué temer de ellos celos ni intriguillas de ninguna especie.» Llégale, al fin, la alegría de la convalecencia, «una de las mayores que nos consiente nuestro destierro en este mundo». Y aún es tiempo para ejercer, si no ya la cura de enfermos somáticos, que no le consiente su sutil sistema nervioso, el alivio de las almas atribuladas, con los específicos insustituibles y personalísimos de su arte de escritor y de poeta.

No podía faltar en sus Memorias alusión al día terrible del «Machichaco». Su descripción es sintética y subjetiva, visión de médico que el curioso puede completar con el amplio cuadro de Pereda en *Pachín González*. Tanto en estas páginas como en las anteriores, donde relata la epidemia colérica, en que, por nombramiento de su padre, alcalde, tan principal y caritativo papel le tocó desempeñar, la discreción del médico cristiano que no quiere dar importancia al cumplimiento del deber piadoso permite adivinar el heroico esfuerzo del poeta al multiplicarse para atender apestados o heridos, venciendo su aprensión y repugnancia hasta los límites del disimulado heroísmo.

Otro texto, al menos, podemos aducir en que aparece el reflejo de su abandonada profesión médica. En ninguno como en esas páginas brilla, no diré el

orgullo, porque es palabra que no le va, sino la conciencia recta de la servidumbre y dignidad de la profesión. Es, a propósito de «el título de mi abuelo», en el libro, quizá el más bello de los suyos, *Interiores*. Examinado en el Real Colegio de Cirugía Médica, de Burgos, en el año 1820, el abuelo Pelayo recibe el título después «de haber seguidamente prestado juramento de defender el misterio de la Purísima Concepción de la Virgen María». Y comenta el nieto: «Mucho ha andado la ciencia—esta sublime ciencia de curar, sobre todo—desde los días en que mi abuelo juraba defender que la Virgen había sido concebida sin mancha.» Y luego dice: «Pocos oficios traerán al hombre más ocasiones de sentir, vivos y claros, el poder y la misericordia de Dios que éste del médico. Diariamente podrá considerar, si tiene el saber humilde, mil favores que el Señor le hace y al enfermo. Y de tiempo en tiempo ha de salirle al camino lo inesperado, la súbita curación que viene, a lo mejor, a contradecir todas las leyes de la fisiología patológica.» Es el milagro, el desdafiado milagro que se presentará irrefutable al entendimiento, si no obligándole a que le repute como tal, sí a recordarle lo frágil de sus cálculos, lo inseguro del pronóstico y la necesidad de poseer sin soberbia la ciencia, que en el creyente se une a la de pedir luz y acierto al Único que puede darlos.

No todas las alusiones que en su obra encontramos son de tan grave provecho. Bromea otras veces, como cuando asegura, y con esta cita voy a terminar, «que en los siglos pasados cada cual padecía de una única enfermedad y de un solo médico, mientras que ahora nos apropiamos cada sujeto cinco o seis de las unas y de los otros», y esto lo confirma muy bien aquel pasaje de Quevedo en que se asegura que «cada uno muere de su médico. Señal de que no tenían más que uno».

El tratamiento de las anemias palúdicas, según demuestra la experiencia clínica, exige la utilización de altas dosis de hierro para compensar la hiposideremia y la oligocitemia ocasionadas por el plasmodium.

## FERRO-CECRISINA

Por su composición de hierro reducido por el hidrógeno asociado a la vitamina C, es el medicamento indicado en la terapéutica de estos estados.

Con seis a ocho tabletas diarias se consigue una elevación rápida de la cifra de hematíes.

Estas dosis son perfectamente toleradas; para facilitar su digestión se recomienda tomar las tabletas desleídas en agua, que se beberá en varias veces durante la comida.

Tubo de 40 tabletas de 0,60 gramos